

LA LEY DE DIOS

SEMANARIO CATÓLICO.

CARTA DE SU SANTIDAD

AL CARDENAL RAMPOLLA

SOBRE LAS FIESTAS CELEBRADAS EN ROMA
EL 30 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO.

«Señor Cardenal:

Las extraordinarias manifestaciones políticas, cuyos últimos ecos apenas acaban de desvanecerse de las calles de la ciudad, Nos inducen á dirigiros, sobre este asunto algunas líneas, no tanto para expresar las tristezas de nuestra alma, como para señalar la gravedad del hecho y las intenciones que le han inspirado.

En verdad que nos había parecido que en razón de ese sentimiento de humanidad y de decoro á la vez que subsiste hasta en los ánimos excitados por la pasión, podríamos Nos esperar algunas consideraciones, al menos para Nuestra ancianidad; pero se ha querido, al contrario, prescindir de ello brutalmente hasta el punto de hacer Nos testigo inmediato de la apoteosis de la revolución italiana y de la expoliación de la Santa Sede, que es su última consecuencia.

Avezado por la gracia de Dios, al sufrimiento y al perdón, Nos olvidamos la afrenta inferida á nuestra persona, tanto más cuanto que para suavizar Nuestra actual amargura, Nos hemos visto manifestarse espontáneamente la piedad de las naciones católicas y entre éstas distinguirse Italia por las generosas protestas y preciosísimos testimonios de amor.

Pero lo que Nos conmueve y aflige es la solemnidad de la ofensa á los derechos de la Sede apostólica, y la manifiesta intención de perpetuar, en vez de atenuar, un conflicto cuyos desastrosos efectos son incalculables.

La gravedad del acto, evidente en sí mismo, es, á todas luces manifiesta, por las declaraciones de sus promovedores y de los que le han enaltecido. Al glorificar, según se ha visto, el suceso de 1870, se han propuesto, ante todo, asegurar los frutos de la conquista, y dar á entender á Italia y al mundo entero, que el Pontífice, en cuanto de ellos dependía, debe resignarse, en lo sucesivo, á un cautiverio sin esperanza de libertad.

Y no es esto todo. Han querido también dar un paso más hácia un ideal esencialmente antireligioso. En efecto, el fin supremo de la ocupación de Roma, no diremos Nos que en el espíritu de todos los que á ella cooperaron, pero sí en las intenciones de los sectarios que fueron los primeros promovedores, no se ha conseguido, al menos completamente, con la unidad política.

No: este acto de violencia, que tiene pocos ejemplos en la historia, debía, en los decretos de la secta, servir de medio y ser el preludio de una empresa más tenebrosa.

Si tendieron la mano para derribar las murallas de la metrópoli civil, fué para mejor batir en brecha la ciudad sacerdotal; y, para poder atacar de cerca el poder espiritual de los Papas, comenzaron por destruir la muralla terrestre.

En suma, cuando lograron imponerse al pueblo romano, á ese pueblo que permaneció fiel á su soberano hasta el último momento, resistiendo valerosamente á poderosas é incesantes sollicitaciones venidas de fuera, alimentaron el proyecto de cambiar los destinos de la ciudad privilegiada de transformarla y hacerla pagana, lo que en su jerga dieron en llamar tercera Roma de donde irradiase, como de un centro, una tercera civilización.

En efecto, nada han perdonado y nada perdonan, aún más de lo que parece por fuera, para realizar ese funesto designio. Hace ya veinticinco años que mirando en derredor suyo, Roma ve dueños de sus destinos á los adversarios de las instituciones y de las creencias cristianas. Ve en ella propagadas las doctrinas más perversas, la persona y el ministerio del Vicario de Dios impunemente despreciado, el librepensamiento oponiéndose al dogma católico, la sede masónica á la Cátedra de San Pedro. Y precisamente á este conjunto nefasto de ideas y de hechos, se ha pretendido recientemente dar apariencia de derecho y de estabilidad poniéndoles el sello de una ley nueva y celebrándolos con ruidosas manifestaciones abiertamente dirigidas por la secta enemiga de Dios. ¿Es este el triunfo de la causa italiana, ó es más bien el advenimiento de la apostasía?

La justicia está segura del triunfo final, como Roma lo está de la inmutabilidad de sus altos destinos.

Pero, entre tanto, á la justicia se la pisotea, y los altos destinos de Roma se tuercen por la conspiración de las asociaciones perversas y la obra insensata de los que las favorecen.

¿Y qué provecho saca de esto la nación? La conquista de Roma fué preconizada á los ojos de los pueblos italianos como la aurora de la salvación, y prenda de prosperidad futura. No investigaremos si los sucesos han confirmado la promesa, en lo que se refiere á los bienes materiales. Pero lo cierto es que la conquista, una vez realizada, ha dividido moralmente á Italia en vez de unirla. Es un hecho que, durante este tiempo, las codicias de todo género fueron cada vez más audaces, la corrupción de las costumbres y el debilitamiento de la Fe religiosa, que es su conciencia, se extendieron á la sombra del derecho público; las prevaricaciones de las leyes humanas y divinas se multiplicaron; se vió crecer en número y en fuerza á los partidos extremos y á las turbas estremecidas, conjuradas para derribar hasta en sus fundamentos el orden civil y el moral.

En medio de estos males, que van en aumento, se ve, no apaciguarse, sino ha-

cerse más violenta la guerra á esta divina institución en que debía estribar la esperanza del mayor y más seguro remedio. Habíamos de la guerra á la Iglesia y, particularmente, á su Jefe visible, al cual le fué arrebatada, al mismo tiempo que su potestad civil, la autonomía no menos conveniente á la dignidad del Pontífice, que necesaria á la libertad del ministerio apostólico. Y en vano se ha recurrido á expedientes legislativos. Ninguna disposición jurídica podrá jamás conferir la verdadera independencia sin una jurisdicción territorial. La situación que ellos afirman habernos garantizado no es la que se nos debe y necesitamos: no es una independencia efectiva sino aparente y efímera, porque está subordinada al capricho de otro. Esta forma de independencia puede quitarla el que la da. Ayer la ha decretado, mañana puede suprimirla. ¿No hemos visto en los días que acaban de transcurrir, pedir, por una parte y casi prometer por otra, de una manera amenazadora, la derogación de las garantías Pontificias?

Pero ni las amenazas, ni los sofismas, ni las inconvenientes acusaciones de ambición personal, lograrán nunca acallar en Nos la voz del deber.

Cuál es y cuál debe ser la verdadera garantía de la independencia Pontificia, se ha podido ver de antemano, á partir del momento en que el primer César cristiano decidió trasladar á Bizancio la sede del imperio. Desde aquel tiempo hasta las edades más próximas á nosotros, jamás ninguno de los que han sido árbitros de los asuntos italianos ha fijado su sede en Roma. Así nació y vivió el Estado de la Iglesia, no por obra del fanatismo, sino por disposición de la Providencia, reconociéndole los mejores títulos que pueden hacer legítima la posesión de una soberanía, es decir, el amor y la gratitud de los pueblos enriquecidos con sus beneficios, el derecho de gentes, el asentimiento espontáneo de la sociedad civil y el sufragio de los siglos. En mano de los Pontífices, el cetro no fué nunca un obstáculo para el Cayado pastoral. Llevaban, efectivamente, el cetro aquellos Pontífices nuestros predecesores, que brillaron por la santidad de la vida y la excelencia del celo. Ellos fueron llamados con mucha

frecuencia á terminar los litigios más áridos; ellos opusieron victoriosamente su voluntad inquebrantable á los caprichos exorbitantes de los poderosos, y ellos salvaron en circunstancias peligrosas para Italia, el tesoro de la fe, y ellos propagaron de Oriente á Occidente la luz de la civilización cristiana y los beneficios de la redención.

Y si hoy, á pesar de las condiciones duras y difíciles, el Pontificado prosigue su camino, en medio del respeto de las naciones, que no se atribuya á la falta de este socorro humano, sino en realidad, á la asistencia de la gracia celestial que no faltó nunca al Soberano Pontífice. ¿Podría decirse que los maravillosos progresos de la Iglesia naciente fuesen también obra de las persecuciones imperiales?

Quisiéramos que estas verdades fuesen mejor comprendidas por el sentido práctico de los italianos. No hablamos de los que están extraviados por las falsas doctrinas ó encadenados por los lazos de la secta, sino de aquéllos que estando libres de esas ligaduras y no aceptando el ser adeptos ciegos de estas doctrinas tienen el espíritu obscurecido por la pasión política. Ojalá que comprendan cuán pernicioso é insensato es oponerse á los verdaderos designios de la Providencia y obstinarse en un desacuerdo que sólo sirve para los manejos de facciones audaces y más todavía para los enemigos del nombre cristiano.

Fué para nuestra Península un especialísimo privilegio y una gran felicidad el haber sido elegida entre mil para guardar la Sede Apostólica; y todas las páginas de su historia dan testimonio de la abundancia de bienes y del aumento de gloria de que fué siempre causa la solicitud inmediata del Pontificado Romano.

¿Se habrá transformado el carácter de este Pontificado, ó debilitado la eficacia de su acción?

Las cosas humanas cambian, pero la virtud bienhechora del magisterio supremo de la Iglesia viene de lo alto y permanece siempre la misma.

Añadid á esto que establecida para durar tanto como los siglos, sigue con una vigilancia llena de amor, la marcha de la humanidad, y no rehusa, como su-

ponen falsamente sus detractores, acomodarse en la medida de lo posible á las necesidades razonables de los tiempos.

Si los italianos nos prestasen docil atención, si buscasen en la tradición de los antepasados y en la conciencia de sus verdaderos intereses, el valor para sacudir el yugo masónico, Nos abriríamos el alma á las esperanzas más dulces respecto de esta tierra italiana tan tiernamente amada. Pero si sucede lo contrario, por doloroso que Nos sea decirlo, no podremos presagiar más que nuevos peligros y mayores ruinas.

Con la efusión de particular afecto, os damos, señor Cardenal, la bendición apostólica.

Del Vaticano á 8 de Octubre de 1895.

LEÓN PP. XIII.

EL ODIO AL ERROR

¿Es este un retrato de puro capicho? Apelamos á cuantos tengan de la sociedad contemporánea mediano conocimiento; díganos si el cristiano, cuyos rasgos principales acabamos de perfilar, forma en ella una rara excepción. No hablamos, reparadlo bien, de los infelices que han renunciado enteramente á su fe; nos referimos á muchos que siguen todavía siendo miembros de la familia de Jesucristo; á éstos nos referimos y en éstos nos esforzamos en reavivar los elementos de la *verdadera* cristiana. ¿No es verdad que son en gran número, en grandísimo número, entre los que se llaman y juzgan cristianos, los infelices á quienes la ilusión deplorable que combatimos ha enflaquecido el más esencial elemento de la vida cristiana, y en cuyas almas la fe y el amor á la verdad no amparados ni defendidos por el odio al error, que es su indispensable baluarte y antemural, pierden cada día su robustez?

Basta abrir el Evangelio para comprender cuán opuesta sea al verdadero espíritu de Cristo esta indiferencia con respecto á los errores que alteran la pureza de su doctrina. El divino Salvador, siempre compasivo con todas las miserias é indulgente con todos los extravíos del

corazón, muéstrase severísimo siempre en orden á las rebeldías contra la fe. «Si alguno, dice, no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como gentil y publicano». «Id, dice á sus Apóstoles, enseñad á todas las naciones, enseñadlas á guardar todo lo que os he encargado: quien creyere y fuere bautizado, será salvo; quien rehusare creer se condenará». No amenaza, pues, con eterna condenación solamente á los que no practiquen su doctrina. Más tarde nos dirá cuán indispensable sea también este segundo orden de deberes. (*Matth. XIX, 17; Luc. XVIII, 20; Joan., c. XIV, 15*). Aquí, empero, quiso hacernos comprender que la primera y más esencial obligación del ser racional en orden á la suprema verdad es la adhesión de su inteligencia; y que el negarse á rendir ésta, negándolo á uno solo de los dogmas revelados es un crimen que basta para apartar del camino de la salvación, aún á los que por otra parte traigan ajustada su conducta á todos los preceptos de la honradez natural.

Así entendieron los Apóstoles el pensamiento del Salvador. El odio á la herejía fué el sentimiento que más profundamente procuraron grabar en el corazón de sus discípulos. Los Apóstoles se mostraron rigurosos en inculcar á sus discípulos, horror todavía más vivo á la herejía que á los mismos groseros embustes de la idolatría. «No os diré ciertamente que eviteis todo trato con los idólatras, escribía San Pablo á los corintios, pues para eso debierais salir de este mundo». Así, empero, lo escribió para con los herejes. A su discípulo Tito le ordena no tener trato alguno con ellos, como no sea para dirigirles una primera ó segunda advertencia. Después de esto mándale cortar con ellos toda relación. (*Tit. III, 10*).

San Juan, el apóstol de la caridad, es aún más intransigente, si cabe, en este odio al error. Lejos de creer incompatible este odio con el amor de que era á todas horas pregonero infatigable, consideraba como inseparables estos dos deberes. «La verdadera caridad, dice, consiste en conformar nuestra conducta á los mandamientos del divino Maestro. Ahora bien, El mandamiento principal que nos dió fué el de que permaneciésemos fieles á

sus enseñanzas. Numerosos impostores andan por el mundo rehusando confesar la Encarnación del Hijo de Dios. Los tales son seductores y anticristos. Si alguno de ellos se os presenta, *no le recibais en vuestra casa ni aun le saludeis*, pues quien le saluda entra por lo mismo en comunicación con sus obras malvadas». (*II Joan, IX, 2*). Y el más ilustre de los discípulos de San Juan, San Policarpo, obispo de Esmirna, tuvo ocasión en Roma de poner en práctica tales enseñanzas de su maestro. Encontróse con el hereje Marción, y tuvo éste la insolencia de dirigirse al firme católico diciéndole:

— «¿Me conoces?»
— Sí, respondió San Policarpo, te conozco por el primogénito de Satanás».

No pretendemos, ciertamente, que los cristianos deban practicar *al pie de la letra* estos preceptos de los Apóstoles respecto de los herejes é incrédulos de nuestros tiempos. Nadie ignora que existe una gran diferencia entre el hombre que voluntariamente se aparta de la verdad conocida y del nacido en el error y á quien tiene apartado de la verdad tan sólo la ignorancia. Pero si puede ser diferente nuestra conducta con las personas, deben ser lo mismo nuestros sentimientos respecto de los errores. Bajo este punto de vista no existe diferencia alguna entre el tiempo de los Apóstoles y el nuestro, como no sea que el error se ha hecho más digno de nuestro odio en cuanto ejerce más funesto imperio sobre las conciencias, y combate con éxito más deplorable las doctrinas de Jesucristo.

(Se Continuará)

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su Providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transición del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus.

¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y HERMANAS DE LA CARIDAD.

Viven en todos los países que hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecunda la tierra; y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del Polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador; en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas; hace un siglo que el soplo de la Revolución tiene envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las Revoluciones ha prevalecido incólume esta raza de heroínas, magnífico monumento del Catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana era posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *Hermanas*, aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que ve ú oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros; la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oírlas; las siente en el fondo del corazón.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven también sus *Hermanas*.

Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cama del recién nacido, bosquejase la figura de una mujer, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes. Su rostro apacible y sereno, como su corazón, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos heroína Hermana de la Caridad, de cuyos labios brotan palabras de resignación y de consuelo.

Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra más tierna lo recoge y lo acaricia y cuida de su existencia, y le enseña más tarde á perdonar, á orar y á ser feliz.

II.

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus *Hermanas*.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus *Hermanas* salvan asimismo las distancias y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos.

Donde quiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alienten seres racionales, allí está la caridad, allí están sus *Hermanas*.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja al de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, y el de un arroyo sin inundar.

No hay en la tierra premio para sus beneficios ni corona para su heroísmo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazón de una mujer puede esconderse tal tesoro de caridad y sentimiento.

Ella, que está organizada para compadecerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino: ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen, dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateísmo, la idea de Hermana de la Caridad hace absurdo é inconcebible el escepticismo.

Toda la arrogancia de los *espiritus fuertes* se confunde ante el pobre sayal de una mujer que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura las heridas.

Esos guerreros tienen más fuerza; esa mujer tiene más corazón.

Los que denigran por el sistema al sexo que llaman débil, los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre; y si no han tenido la dicha de conocerla, que se recuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y Hermanas de la Caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los días del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia con caracteres de luz el nombre venerando de SAN VICENTE DE PAÚL.

SEVERO CATALINA.

Anales del culto á San José y á la Sagrada Familia.

EFFECTOS DE LA PRESENCIA DE DIOS

EN EL ALMA.

Así como todas las plantas y criaturas de la tierra, con la comunicación y presencia del sol, reciben de él gran virtud y las obliga á que crezcan y den grandes frutos; así las almas que andan siempre en la presencia de su Dios reciben de éste Señor gran virtud y es causa de que crezcan y den gran fruto de virtudes y de buenas obras, enseñándolas grandes cosas de perfección. Y así las flores y rosas y los árboles reciben de parte del sol con su presencia y comunicación tanta hermosura y lindeza; y si él les faltase pondrían luto, como si fuesen sensibles.

Como se ve en algunos géneros de rosas y flores, que cuando el sol quiere salir dan muestras de alegría, descubriendo su hermosura y belleza con la venida y presencia del sol, que parece que le salen á recibir alegres; y cuando el sol se va de su presencia, parece que ocultando su hermosura se cubren de tristeza, así, ni más ni menos, el alma que no reside delante de su Dios vivirá abatida, triste y pálida como las flores que nacen y viven en la sombra. ¿Quién, entonces, podrá alegrar su corazón, si no le alegra Dios, como el beso del sol de la mañana alegra las flores? ¿Quién dará, sino su Dios, luz á su entendimiento como el rayo de la luz da calor á la naturaleza? ¿Quién, sino su Dios, y el amor á su Dios la encenderá en el amor divino?

Andará siempre enlutada con el velo de tinieblas en su entendimiento; será su voluntad caída en muchas faltas y miserias, engolfada en el amor desordenado de las criaturas y fría en el amor de Dios y todo lo divino, santo, justo y noble siempre que no despierte la concupiscencia de los placeres, la concupiscencia de las dignidades ó la concupiscencia del oro; porque le falta la presencia del Sol de justicia, que le dé calor para ello, porque el Sol de justicia es á las almas lo que el sol de la naturaleza es á las flores: olvidada el alma de este Sol, de este Señor, de este su dulce y eterno Dios, luego le parece que le falta la caridad, la espe

ranza y confianza y las demás virtudes; porque parece que se han escondido y así no obra tan bien como soía.

(Concluirá)



SANTOS DEL DIA.

JUEVES 17 DE OCTUBRE.

SANTOS VICTOR, ALEJANDRO Y MARIANO, mártires.

En la desgraciada época en que cayó España bajo el poder de los mahometanos, especialmente la provincia de Andalucía fué el teatro de las más sangrientas crueldades en los pobres hijos de aquella comarca. Entre los muchísimos cristianos que entonces lograron la corona del martirio, se hizo notar Teodisco, obispo de Baeza, ciudad antigua del reino de Jaen, cuando la primera irrupción que hicieron los bárbaros en tiempo del rey D. Rodrigo, y quedó aquella iglesia sin pastor que pudiese asistir y consolar á los fieles en una ocasión de tanta angustia y tribulación.

Consiguieron después los cristianos morárabes, esto es, aquellos que vivían mezclados con los árabes, el uso libre de su religión y la elección de sus ministros eclesiásticos, á espensas de los crecidos tributos que por ello quisieron imponerles los africanos; y valiéndose de este indulto los de Baeza, procedieron á elegir obispo en quien concudiesen las cualidades que exigían las críticas circunstancias de siglos tan turbulentos.

Vivía por entonces en la misma ciudad un varón ilustre llamado Victor, muy conocido por su vida ejemplar y su sabiduría.

En este varón ilustré se fijaron las miradas de los fieles, y por aclamación le hicieron su prelado, no desmintiendo el Santo lo acertado de la elección, mostrándose por su entereza, por sus ejemplos, por su celo apostólico, á la altura de las difíciles circunstancias en que se hallaba la iglesia confiada á su custodia.

Qué virtud, qué heroísmo habrían necesitar en momentos tales los elegidos por Dios para apacentar la mística grey, allí donde diseminada y mezclada con

los fanáticos adoradores del error, tan fáciles debían ser las caídas como difíciles los medios de evitarlas.

Y no obstante, los documentos que se refieren á las actas de los santos cuyo recuerdo conmemoramos, nos atestiguan de la manera admirable cómo supo llenar sus deberes San Victor desde que aceptó la pesada carga de la mitra.

Fué por entonces cuando las armas vencedoras de los infieles y las órdenes arbitrarias de los virreyes suscitaron una gran persecución contra el nombre cristiano en nuestro suelo.

El virrey de Baeza, árabe é infiel, quebrantó todo pacto con los cristianos y los comenzó á perseguir á sangre y fuego.

Fué grande la maasedumbre de Víctor, infructuosos sus buenos oficios cerca del virrey, viéndose obligado ante sus continuos é inauditos atropellos á salirse de la ciudad con los que quisieron seguirle.

Perseguidos, fueron alcanzados, y en unión de Alejandro y Mariano, que ayudaban al Santo en su misión apostólica, fueron víctimas de la arbitrariedad del tirano, recibiendo la palma del martirio el 17 de Octubre del año 743.

Sus cuerpos fueron arrojados al foso del fuerte de Baeza, donde se encontraron entre otros muchos de mártires sacrificados por la fe el año 1630.

En la diócesis de Jaen se celebra la fiesta de los Santos Mártires con rito doble.



VARIEDADES.

MIS CLAVELES.

(Conclusión)

A fines del pasado siglo, en la parroquia de nuestro Patrono San Cecilio, existía en «el Caidero del agua», una modesta habitación de un solo piso, limpios en extremo su interior y su fachada. Vivían en ella dos hermanas, bien diferentes en el físico y en la edad. Figuraban más bien como madre é hija. Toda su fortuna consistía en la casa, y en dos

telares para fabricar cintas de seda, y en una acrisolada reputación de honradez.

Todo lo que la naturaleza había negado á Jacinta, la mayor, había concedido á Dolores. De blanco cutis, de cabellos castaños, y de talle y formas seductoras, tenía el privilegio de poseer los ojos azules más dulces y expresivos. Poco amiga de bailes y devaneos, salía los días festivos á misa, y á otros sitios sólo en las grandes solemnidades. Hábil trabajadora y pulcra para su persona y haciendas, era modelo de las de su clase, pero no envidiada por su modestia y sencillez.

Con razón le llamaban una perla á la Dolores.

Por eso sin duda, el hijo único de un acomodado Alarife, mozo de veinte y cinco años, robusto y sonrosado como un angelote, había ganado su voluntad, y la promesa de ser su esposa. Ambos jóvenes ahorraban para completar su equipaje, y aún se señalaba la próxima Navidad para la celebración del matrimonio. Dolores, devota pero sin fanatismo, no dejaba pasar un viernes sin arrodillarse ante la sagrada imagen «del Cristo de los Favores», que bajo una techumbre de estrellas, y un muro de árboles seculares se ostenta en el campo llamado del Príncipe, pidiéndole el «favor», de ser feliz y hacer dichoso á su Rafael.

Prestaba desahogo á su casa un pequeño huerto con un pilón del que brotaba agua cristalina para usos domésticos, y riego de dos paratas de florecillas y verduras.

Pegada á la mampostería de aquél brotaba frondosa una matocada de claveles blancos del tamaño de una peseta, pero de los que siempre había en todas las estaciones.

Dolores cortaba los mejores, y en un manojito los ofrecía al Santo Cristo, sujetándolo con una chamberguilla de las que tegía, á los pies de la sagrada efigie.

En una de las tardes que cumpliera su promesa, la vió don Jorge de Alsina, rico mayorazgo que volvía de la Corte de hacer sus pruebas para el hábito de Santiago.

La belleza de Dolores le deslumbró, y sin acordarse de las exigencias de su elevada clase, ni de la desigualdad de sus

fortunas llegó, después de tentativas de todas clases, hasta á ofrecer su mano á la artesana.

Dolores no aceptó sus ofertas, guardó el mayor silencio para su prometido evitando todas las ocasiones de encontrarle.

Pero la pasión de Jorge aumentaba cada vez, como ocurre siempre que el amor es contrariado, y ya que no lograba vencer la rectitud de la tejedora, se dispuso á cometer un crimen. Como todos los que poseen oro que malgastar, tienen siempre una corte servil de adula-dores, uno de sus servientes con quien se consolaba de los desaires que sufría, le manifestó que podía contar con tres camaradas suyos, hábiles en todo género de aventuras y duchos en burlar á la justicia.

Bien pagados, le añadió, robarían á la muchacha, conduciéndola al sitio que se designara. Aceptó el mayorazgo la oferta, y verificada una entrevista con los rufianes y satisfecho el precio, éstos pusieron por única condición que don Jorge había de acompañarles aunque fuera de lejos en su reprobada aventura. Desde entonces, tres hombres de mala catadura, envueltos en las sômbbras, rondaban la casa de la joven, enterándose de todos sus pormenores y salidas.

En la noche del primer viernes después de celebrado el convenio, Dolores cuya tarea había sido más larga, no quiso dejar de concurrir á su devoción, y aunque habían ya dado las ánimas, dispuso que la esperasen en su vivienda su prometido y su hermana, puesto que la ausencia iba á ser de pocos momentos.

La oscuridad era grande, y el Campo del Príncipe solitario. Los cuatro farolillos de la imagen lanzaban una luz opaca, y casi á tientas la joven se dispuso á colocar á los pies del Cristo el manojito de los blancos claveles.

Entonces tres hombres fueron á sujetarla, estimulados por otro que se encontraba á corta distancia.

La joven conoció por instinto el peligro que la amenazaba, y agarrándose al pedestal, con voz salida de lo íntimo de su alma, gritó,

—Santo Cristo de los Favores, defendme.

¡Y caso extraño! Un rayo de luz irresistible hirió el rostro de los malvados, que, locos de terror, abandonaron la presa huyendo separadamente, mientras don Jorge caía de rodillas haciendo la señal de la cruz. La joven cayó desmayada sobre el pavimento donde la recogiera su familia que acudió presurosa al notar su tardanza en la vuelta.

Dolores estuvo algunas semanas enferma, y al reanudar su piadosa tarea, se encontró que sobrenaturalmente los claveles depositados en la aciaga velada, estaban tan frescos y lozanos como si se acabaran de separar de sus tallos.

La fama de este nuevo favor del milagroso crucifijo, cundió por toda la ciudad, más comentado aún al enterarse que el rico mayorazgo había entrado de novicio en el convento de Misioneros para Ultramar.

Un año después, Dolores acompañada de su marido y de un robusto niño de dos meses, depositaba su acostumbrada ofrenda, pareciendo que al elevar el angelillo sus manos hacia la imagen, ésta sonreía como agradeciendo el obsequio.

Aún en la época presente de descreimiento é irreligiosidad, el que esto escribe, que tiene á ventura llevar públicamente la banderola en la solemne fiesta anual del 3 de Mayo, ha notado que entre los floridos adornos con que los fieles engalanan el venerado simulacro, se destacan siempre los manojos de claveles blancos, recuerdo fiel de pasados sucesos.

ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA

ALLÍ.

Alzaron el vuelo
abejas doradas
y mariposillas
con alas de nacar;
pero mis deseos
más alto volaban.

Hendieron los vientos
cigüeñas y garzas,
atras las dejaron
neblías y águilas;
pero más arriba
subieron mis ansias.

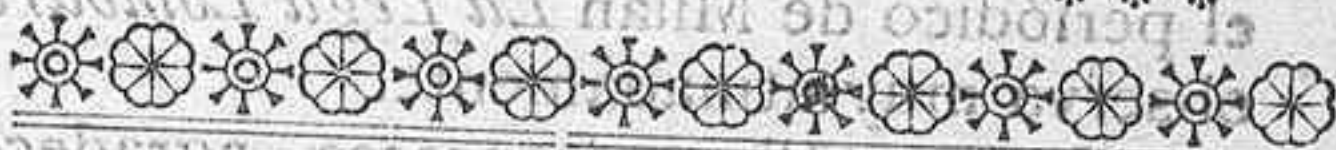
Sútiles vapores
alzaron las aguas,

formando del cielo
tendales de gasas,
y aún más alto que ellos
subió mi esperanza.
¡Qué importa á mi anhelo
del mundo la valla!
si amor, cuando es firme
los ámbitos salva.

Yo voy más arriba;
graciosas miriadas
de nítidos soles
el nombre proclaman
con rasgos sublimes
del Bien de mi alma;
mas ésta, afanosa
más alto volaba.

Abejas y nubes
estrellas y águilas
muriera de envidia
al veros tan altas,
si amor no me diera
su fuerza y sus alas:
bien haya mi dicha,
mil veces bien haya,
que en vez de envidioso
me envidian el alma.

Aguilas reales
abejas doradas,
transparentes nubes
de zafir y gualda;
estrellas hermosas
de nítida plata,
oid, voy al cielo,
¡y el cielo es mi patria!



CRÓNICA UNIVERSAL.

DE ROMA.

El periódico *A Vanguarda* que varias veces hemos citado como sectario, trata á su modo la cuestión de D. Odon de Buen, se revuelve contra el señor Obispo de Barcelona y ataca al Gobierno del señor Cánovas, porque dice que habiendo aprobado sus obras, ahora cede á imposiciones de Roma y de la Congregación del Indice.

Mucho habría que contestar á estas infundadas censuras; pero baste decir que

al aprobar el Gobierno las obras de texto, no pronuncia un juicio teológico ni moral ni para ello sería competente ni presume hacerlo; pero que al prohibirlas después de condenadas, cumple sus deberes de católico.

—En el archivo del ministerio de la Guerra en París ha descubierto M. Germa Bapst, una carta de Napoleón I, en que se dice:

«Murat sueña con la unidad de Italia; yo no concibo otra cosa que dos naciones separadas por las aguas del Pó. Hay allí ciudades demasiado grandes y hasta variedad de opiniones y costumbres y sobrada oposición de intereses para que la unidad se logre. Cuantas veces pienso en esa unidad, veo que no es posible, al menos durante mucho tiempo».

El juicio es tan profundo y verdadero, como corresponde al talento de quien lo formulaba.

—Su Santidad ha recibido en audiencias particulares al Sr. Merry del Val, de regreso de su viaje á España y á Mr. Laboulaye, embajador de la República francesa en el imperio ruso.

—En 1870, cuando la invasión de Roma, era el actual Sumo Pontífice Arzobispo de Perusa. Con aquel motivo publicó una bellísima pastoral que ahora reproducen muchos periódicos. Lo más admirable de este documento es que los argumentos que figuran en los recientes discursos de Crispi se encuentran allí de antemano vigorosamente refutados, como el periódico de Milán *La Lega Lombarda* observa muy atinadamente.

—Los católicos franceses, agradecen mucho al Gobierno de la República los acuerdos tomados para celebrar las exequias de Pasteur por cuenta del Estado, con todo el ceremonial católico. Esto que nada significaría en otros tiempos, vale bastante en las circunstancias presentes.

—La prensa católica de Roma hace grandes elogios del sermón pronunciado por el Cardenal Vaughan. La reseña de todos los perjuicios irrogados al catolicismo con la unidad italiana y los argumentos en favor de la independencia del Pontificado han impresionado profundamente. El sermón terminaba con las siguientes frases: «Treinta Papas han sido martiri-

zados; una quinta parte de los sucesores de San Pedro han sufrido el destierro ó la prisión, pero siempre han vuelto á obtener la libertad. La vida del Papado es como la de Cristo, pues encierra hosannas seguidos de la Pasión y la Crucifixión, pero también de la Resurrección. El Papa en Roma no puede ser más que Soberano ó cautivo.

DE ESPAÑA.

Con gran solemnidad y contento de los habitantes de Villanueva de la Serena, (Badajoz) se ha inaugurado el colegio de San Benito, instalado en el antiguo palacio de los Piores, propiedad del excelentísimo señor Obispo de la diócesis, y que éste ha cedido gratuitamente para centro de enseñanza.

Los Sres. D. Vicente Beltrán y Nebot, D. Angel Pérez Cortés y el señor alcalde de la ciudad pronunciaron elocuentísimos discursos.

—Los Padres Carmelitas de Zaragoza han editado y puesto á la venta la hermosa oración fúnebre que en las honras celebradas en sufragio de las víctimas del *Reina Regente* pronunció en la S. I. C. de Lérida el Rvdo. P. Salvador de la Madre de Dios.

—Han empezado en la S. I. C. de Orense los ejercicios de oposición á la plaza de Beneficiado organista. Constituyen el tribunal los señores Deán, Doctoral, Penitenciario, organista de la Catedral de Santiago, Sr. Fernández Alonso, el tenor Sr. del Caso y el sochantre señor Zabala.

—El Círculo católico de Pontevedra se ha inaugurado con la mayor solemnidad, siendo muy superior al de años anteriores el número de alumnos matriculados.

—Dentro de breves días comenzará una Misión en la parroquia de Rubianes, inmediata á Villagarcía, en la cual predicarán los infatigables PP. Santos y Conde.

—Ha sido nombrado rector del Colegio de estudios superiores de Calatrava el Dr. D. Juan Antonio Ruano, Párroco de Alba de Tormes. El día 18 será la solemne inauguración del curso á la que asistirá el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis.

—La prensa toda de Lugo dedica sentidos artículos á la memoria del virtuoso Canónigo de aquella S. I. C. don Dionisio García Seijas (q. e. p. d.) Era un Sacerdote ejemplar cuyo recuerdo será eterno entre los católicos de Lugo,

—En Vinalesa, (Valencia), han terminado las obras de restauración de aquel hermoso templo, iniciadas por el Cura Económico don Jerónimo Oltra y secundadas por el pueblo en masa, que ha contribuido en la medida de sus fuerzas. El presbítero don Juan B. Orts ha regalado varios hermosos ornamentos sagrados.

Los días 13, 14 y 15 se celebrarán en dicha población grandes fiestas á Nuestra Señora del Rosario y San Honorato, cantándose misas solemnes y verificándose procesiones, serenatas, disparo de fuegos artificiales y otros regocijos populares.

DEL OBISPADO.

El distinguido alumno de Teología de Seminario de Oviedo, D. Balbino Fernández, ha obtenido el grado de licenciado en las mismas facultades en el Seminario central de Santiago de Compostela,

—A la inauguración del Círculo de obreros católicos de Noreña asistió nuestro Excelentísimo Prelado y el Sr. Gobernador civil de la provincia Sr. De Benito.

El señor Obispo pronunció una elocuentísima peroración sobre el tema interesantísimo, *Ama á tu prójimo como á tí mismo*, siendo desarrollado con la erudición y competencia que distingue á nuestro sabio prelado.

El señor De Benito con frase correcta y culta ponderó las excelencias de los Círculos de obreros Católicos y abogó por la necesidad de sostenerlos para que sea instruido el pueblo en las sanas doctrinas de la Iglesia.

El Círculo de Obreros católicos de Noreña quedó constituido bajo el patrocinio de San José.

—El Rvdmo. Prelado de la diócesis ha nombrado cura ecónomo de Caldas de Priorio al presbítero D. Jesús González Alonso, coadjutor de Pola de Siero,

Le felicitamos sinceramente.

DEL CONCEJO.

Ha vuelto á visitar nuestra Redacción después de algunos meses de ausencia, durante los cuales debió de prestar algún servicio á las almas timoratas que tienen á cosa corriente leer de gorra todo cuanto se les viene á las manos, la interesante revista mensual titulada «*Anales del culto á San José y á la Sagrada Familia*». El número correspondiente al presente mes tiene el interesante *Sumario*: I. San José y el alma devota.—II. Los quince misterios del rosario.—III. Un rasgo de firmeza contra el mal.—IV. Los dos crepúsculos.—V. La Hermana de la Caridad.—VI. Fiestas trágicas.—Noticias.—Bibliografía.—Recomendaciones.—Correspondencia.

—*El Boletín Salesiano* correspondiente al último número tiene el siguiente interesante

Sumario: Las oraciones jaculatorias.—El rosario en familia.—Eficacia del Santo Rosario: Una conversión extraordinaria.—León XIII, la Reina y el ejército español.—Ecos del primer congreso internacional Salesiano.—España. Sevilla: Reparto de premios en el instituto salesiano. Sarriá, (Barcelona), La caridad es industriosa.—América. Santiago de Chile. Oratorio festivo «Don Bosco». Lima (Perú): Talleres salesianos. Bogotá (Colombia): ¿Porque será? Otras noticias.—Noticias de nuestros misioneros. Tierra del Fuego, dos admirables conversiones. Misión de la isla Dawson. Patagonia: En favor de la santa infancia: Ecuador: Vicariato de Méndez y Gualaquiza; La fiesta de la «shanza» entre los jíbaros.—Gracias de María auxiliadora.—Noticias y variedades.—Necrología.

Tampoco hemos tenido el gusto de recibirlo hace dos ó tres meses, hasta hoy, que de nuevo se apareció en nuestra Redacción: viene magullado y rendido como si hubiera hecho un largo viaje dando tumbos en todas las estafetas del planeta. De nuevo le damos la bienvenida felicitándole de que haya podido salir libre y con salud de entre las manos de tantos lectores *gratuitos*...

¡Pero estos gorriones, Señor, estos gorriones!

—La fiesta de Nuestra Señora del Rosario en Peñamellera.

Con la mayor solemnidad se celebró este año en el pueblo de Alevia la hermosa fiesta del Rosario.

La Misa cantada por los respetables párrocos de Llonín y Buelles, D. Vicente Alonso y D. Antonio Gutiérrez, respectivamente, acompañados de otros cantores del pueblo, resultó brillante.

La procesión, lucida y con numeroso y escogido acompañamiento, al llegar al precioso altar improvisado á la sombra de un nogal inmediato á la casa de los señores Lizama, fué agradablemente sorprendida por la majestuosa marcha real ejecutada de un modo brillante por doña Concha Dosal de Lizama tan elegante como cristiana señora.

Las jóvenes del pueblo ofrecieron á la Virgen del Rosario tres ricos ramos de pan, entonando sentidos cantares alusivos.

Felicitemos sinceramente al ilustrado párroco y á cuantos han tomado parte en tan grata y cristiana fiesta.

—La fiesta de Santa Teresa de Jesús en Nueva.

Con buen tiempo y bastante concurrencia se celebró el martes último en el pintoresco pueblo de Nueva la hermosa y tradicional fiesta que aquel vecindario dedica á Santa Teresa de Jesús, en la capilla del Sr. Toriello.

La misa cantada y con acompañamiento de orquesta, por la de Llanes, estuvo á cargo del señor Coadjutor de aquella parroquia, asistido por el ilustrado párroco y el de Los Carriles.

Al ofertorio ocupó la sagrada cátedra, el ilustrado párroco de Naves don José Ania Vigil el que con voz clara y correcta frase disertó acerca de las grandes virtudes de la Santa, siendo su hermosa oración sagrada, unánimemente elogiada por el distinguido auditorio que le oía con sumo agrado y provecho.

A la procesión asistió gran número de fieles de la localidad y pueblos limítrofes.

La fiesta profana no fué deslucida por alteraciones del orden, por lo cual felicitamos á los cultos habitantes de tan hermoso pueblo, que tan bien saben hermanar la devoción con las diversiones honestas é inocentes.

SECCIÓN RELIGIOSA.

Apostolado de la Oración.

INTENCIÓN GENERAL PARA OCTUBRE

Los intereses católicos en Suiza.

ORACIÓN PARA ESTE MES.

¡Oh Jesús mi! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco especialmente, para lograr que en los cantones suizos se otorgue á la Iglesia católica la libertad más completa en pro de la salvación de las almas.

PROPÓSITO.

Favorecer el aumento y difusión de solo la prensa y publicaciones católicas.

Visitas de la Corte de María.

Día 17.—Nuestra Señora de la Asunción, altar mayor de la parroquial.—*Día 18.* Nuestra Señora de la Visitación, altar mayor de la parroquial ó capilla del antiguo convento.—*Día 19.* Nuestra Señora de la Visitación, altar mayor de la parroquial.—*Día 20.* Nuestra Señora de Guadalupe, capilla del antiguo convento.—*Día 21.* Nuestra Señora de la Presentación, altar mayor de la parroquial.—*Día 22.* Nuestra Señora de la Guía en su capilla.—*Día 23.* Nuestra Señora de la Soledad, altar mayor de la parroquial.

Santoral.

Jueves 17.—Stos. Víctor, Alejandro y Mariano, mrs. y Santa Eduvigis, vg.
Viernes 18.—San Lucas, evangelista.
Sábado 19.—San Pedro de Alcántara, fundador.
Domingo 20.—San Juan Gancia, pbro.
Lunes 21.—Santa Úrsula, vg. y mr.
Martes 22.—Santa María Salomé, vda.
Miércoles 23.—San Pedro Pascual, ob.